

Justicia infinita - Injusticia sin fin

ELSA TAMEZ*

El presidente de los Estados Unidos., George Bush, en su segundo mensaje a la nación después de los ataques al Centro Mundial del Comercio y al Pentágono, llamó “justicia infinita” a la operación militar que programaba efectuar como represalia contra los culpables ocultos en Afganistán. El bombardeo se inició días más tarde y continúa hasta hoy, noviembre del 2001. Los voceros de la Casa Blanca y del pentágono insisten en que la población norteamericana, así como todo el mundo, entienda que esta guerra, distinta a las demás porque es contra el terrorismo internacional, va para largo. No tiene un desenlace previsto.

El discurso de Osama bin Laden transmitido por la televisión señaló que los Estados Unidos, con el ataque a las torres, estaba

* La doctora Elsa Tamez es profesora de Biblia en la UBL.

probando algo de lo que por muchos años los musulmanes habían sufrido por parte de ellos. Con eso queda también claro que el ataque del 11 de setiembre era una venganza, igual que la respuesta de Bush al ataque. Y bin Laden además amenazó que no habría seguridad en los Estados Unidos mientras no la haya en oriente. Con estas palabras bin Laden, está también gritando ¡justicia infinita!

El propósito de este artículo es hacer una lectura teológica de mi interpretación de los hechos. Una lectura teológica es exponer cómo, desde la racionalidad de la fe, en mi caso cristiana, observo el devenir de esta guerra que nos introduce al tercer milenio, y hacia dónde, interpelados por la fe, se deberán orientar los caminos.

Todo hecho sobresaliente de la historia devela el estado de la humanidad: quiénes somos y hacia dónde vamos. A la vez, desde la especificidad, sale a la luz el “quién es quién” entre los humanos y cuáles son sus intereses o sueños. Pero la historia es una, si se ve desde fuera, y lo que afecta a una parte de la humanidad afecta al todo de ella. Y no solo eso, lo que afecta al mundo natural, donde moran los humanos, afecta a los humanos y viceversa. En el mundo conviven civilizaciones y a la vez se experimenta una civilización globalizada. Esto se palpa sobre todo frente a eventos de envergadura.

1. JUSTICIA INFINITA Y VIOLENCIA EN EL CORAZÓN DE LAS CIVILIZACIONES

Los ataques a las torres del Centro Mundial de Comercio de Nueva York y al Pentágono en Washington ocurridos el 11 de setiembre, y la represalia subsiguiente contra el régimen talibán de Afganistán, hacen que la realidad de lo humano salga a flote. Las civilizaciones se perciben como violentas a gran escala. Se trata de “lo humano irredento” visto por algunos mitos como propio de la fundación de la

civilización humana. No estoy aludiendo a la antropología pesimista de ciertas corrientes teológicas de la historia del pensamiento cristiano, como San Agustín y Lutero, sino a los sabios que observaron el desarrollo de la violencia en su civilización y no encontraron más explicación que achacar la existencia del crimen a la civilización misma desde sus orígenes. Dos mitos tengo en mente. Uno procedente de la herencia cultural mexicana, el otro de la fe judeo-cristiana. Ambos mitos reflejan las civilizaciones como violentas.

Empiezo por el mito mexicano. Tomo el mito narrado por Roldán Peniche, quien a su vez lo obtiene de las fuentes cronistas del siglo XVI y lo llama “La abominable diosa Tlatecutli”. El recolector describe negativamente a la diosa. Se trata de un monstruo sagrado que tenía muchos ojos los cuales, repugnantes, provenían de todo su inmenso cuerpo. Poseía además infinitas bocas que mordían con renovada furia. Había también dos dioses descritos como impacientes: Tezcatlipoca y Quetzalcóatl. Ellos la raptaron del cielo y le permitieron caminar sobre las aguas. De lejos la observaron. Estos dioses masculinos, entonces, entendieron que de ese ente sagrado, que era el caos venerado, se fundaría la tierra. Para ello los dioses se transformaron en serpientes gigantes y con violencia cayeron sobre ella y la partieron en dos. Con ello se fundó la tierra con una parte del cuerpo de la diosa y el cielo con la otra parte. El ultraje tan desgarrador y violento que se le hizo a la diosa Tlatecutli causó horror a los dioses viejos y decidieron, como para compensar el dolor de la diosa, que de su cabeza germinara todo lo bueno para que los seres humanos pudieran habitar en la tierra, así: “hicieron de sus cabellos, árboles y flores y yerbas; de su piel yerba muy menuda y florecillas; de los ojos, pozos profundos y fuentes y pequeñas cuevas; de la boca, ríos y cavernas grandes; de la nariz, valles y montañas”. Pero aquí no termina el relato. Según el mito, la diosa solía llorar desesperadamente por las noches, y entonces, para silenciar su terrible llanto, los sacerdotes, “muy compasivos”, le daban de comer a la diosa corazones humanos.¹

Este relato mítico podría ser una etiología. Es decir, un relato por medio del cual se pretende explicar una costumbre, una institución, un rito, un fenómeno, etc., cuyo significado original se ha perdido. El mito aquí expuesto es complejo, da razón de varias cosas: la creación del cosmos, la imposición del orden, la dominación del hombre sobre la mujer, las relaciones humano-naturaleza, el sufrimiento de la tierra y la existencia de sacrificios humanos. Una descodificación del mito podría ser la siguiente. La diosa Tlatecutli es el caos, algo que los dioses masculinos temen. Ella tiene infinitad de ojos con los cuales puede dominar todo acontecimiento con su mirada, nada puede aparecer desapercibido a sus ojos, lo que un ojo no alcanza a ver por algún rincón, los otros lo abarcan. Así mismo, posee innumerables bocas, con ellas puede hablar sin cansancio y atacar por donde nadie lo espera. Nadie puede taponarle la boca, pues mientras se le tapa una, habla la otra, y si se le tapan las dos hablan las otras y así, indefinidamente.

Según el mito, el caos es de género femenino. Esto es tal vez porque lo femenino en la mayoría de las culturas patriarcales ha sido visto como misterio, incapaz de ser comprendido de acuerdo a los parámetros del razonamiento común dominante masculino. Para una sociedad ordenada, el caos no tiene cabida. Es inmanejable. Por lo tanto tiene que ser reprimido eternamente. La creación del cosmos se basa en la represión del caos. Este es el hecho fundante del universo y de la civilización humana. La represión violenta marca el inicio del mundo. El orden, la ley, estarán a cargo de llevar adelante la creación cósmica y la civilización. El orden también tiene género, es masculino, y para acabar con el caos de una vez y para siempre necesita de un poder superior al caos, por eso serán dos dioses varones, los encargados de hacer pedazos a Tlatecutli. Tezcatlipoca y Quetzalcóatl son dos dioses que en otros mitos rivalizan, pero en este se unen contra el caos para imponer el orden. Raptan a la diosa del cielo con violencia y la bajan a caminar sobre las aguas. La observan de lejos y planifican la creación. La creación, o sea el nuevo orden de las cosas, dará fin al caos. Ellos tienen que luchar contra ella, el “caos venerado”,

y sacrificarla para lograr el objetivo, pues orden y caos no pueden existir en el mismo espacio. Los dioses necesitan mutarse en monstruos gigantes, como ella, y lo hacen transformándose en dos serpientes gigantes. Entonces, con las partes descuartizadas del cuerpo de la diosa surge el cielo por un lado y la tierra por otro. Pero a pesar de su separación, ambas partes de la creación quedan unidas como testigos de un crimen visto como necesario para dar inicio al universo. El dolor de la diosa será infinito, pues no desaparecerá jamás.

El crimen fundador de la creación no es algo encubierto, la conciencia lo traerá a la luz eternamente. Los dioses viejos, acostumbrados tal vez a la existencia de Tlaltecutli, no lo podrán olvidar. Horrorizados por el ultraje, dice el mito, deciden justificar el dolor de la diosa. Quieren hacer ver que su sacrificio vale la pena, es para algo bueno, pues de su cabeza saldrán las bondades imprescindibles para que la tierra sea habitada y civilizada por los humanos. Estos la venerarán por su prodiga bondad.

Sin embargo, la justificación del crimen no fue suficiente para la diosa, pues no calmó su dolor. Se necesitarán más sacrificios. Por las noches en medio del silencio, su llanto dramático pedía justicia. Fueron los sacerdotes, los ministros de los dioses, quienes se compadecieron de ella. Para silenciar su llanto generado por el crimen, mostraron su compasión sacrificando para ella, todas las noches, a seres humanos. Los humanos son necesariamente sacrificados para calmar el llanto de alguien el –caos– que también fue sacrificada necesariamente para crear el mundo. Los dioses –varones– el orden y los sacerdotes son quienes se vieron obligados a sacrificar a la diosa y a los humanos, primero por acabar con el caos y crear el mundo, segundo por razones compasivas y humanitarias, o mejor dicho “divinitarias”, es decir por el dolor de la diosa.

El crimen original exigió otros crímenes y justificaciones sucesivas. Hasta el recolector del mito emite su juicio de valor: Tlaltecutli es la diosa abominable, Quetzalcóatl y Tecaztilpoca son los impacientes

dioses y los sacerdotes saca-corazones son seres compasivos. Definitivamente, los perdedores en el mito son la diosa y los humanos. La justificación de los sacrificios de la diosa y los humanos es el bienestar. Bienestar de los humanos –para disfrutar de la naturaleza– y de la diosa –para calmar su llanto.

Muy probablemente este mito ha sido catalogado como “bárbaro, pero no lo es, o si lo es, no solo está a la altura de los mitos de todas las culturas, sino que simplemente está mostrando cómo son las civilizaciones por más que se ufanen de cultas. Los acontecimientos actuales de guerra no señalan más que esa actitud humana bárbara, tanto de los terroristas como de los gobiernos promotores de la guerra, otra forma de terrorismo.

El mito mexicano recuerda el mito bíblico de Caín y sus descendientes, especialmente Lámelec. Caín estaba construyendo una ciudad cuando engendró a su hijo Henoc. Henoc fue el nombre de la primera ciudad del mundo. Esto no tiene nada de malo si uno no asocia Caín, el asesino de su hermano Abel, con ciudad o civilización. Para la Biblia el asesinato de Caín es el primer crimen de la humanidad, y la primera ciudad con su civilización fue fundada por un criminal. El crimen está en la base de la civilización. Caín es del campo y por su asesinato fue echado de ese espacio. No le queda alternativa que construir una ciudad para no andar errante y ser atacado por cualquiera. Caín es perdonado de su crimen. Esa hubiera sido la salida perfecta para evitar más crímenes. Sin embargo el relato quiere mostrar algo más, como si fuera algo intrínseco en las civilizaciones: la violencia ascendente. Frente al temor de Caín de ser herido, Dios le promete que será vengado siete veces, si alguien le hiere o mata. La señal que le pone Dios a Caín es la ley que prohíbe matarlo; aún más, si alguien se atreve a hacerlo sabrá, a través de ella, que siete veces será vengado. Esto refleja una concepción de violencia al interior de la civilización si se transgrede el orden. La ley implantada a través de la señal, dice “no matar a Caín, la condena aparece inmediatamente si se transgrede esa ley: “Si matas a Caín, serás matado siete veces”. La función de la ley es aquí, entonces, empeorar la violencia.

El mito llega al clímax cuando uno de los descendientes de Caín llamado Lámeq, cuyos hijos de sus dos mujeres Sila y Adá, llegan a ser los inventores de la cultura (cítara y flauta) y la industria (forjadores de cobre y hierro), canta a sus mujeres el siguiente verso: “Yo maté a un hombre por una herida que me hizo y a un muchacho por golpearme, Caín será vengado siete veces, mas Lámeq lo será setenta y siete” (Gn 4.23-24). El mito refleja, al parecer, que entre más avance y progreso haya en la civilización, más violencia vengativa aparece. Lámeq mata por una herida, no importa si a quien mata es viejo o joven. Lámeq no se ajusta ni a la ley del talión ni a la prohibición de matar. Pero sí se ajusta a la lógica inherente de la venganza, y la acrecienta. Se apropia de la señal de venganza de su antepasado Caín, primer asesino de la humanidad de acuerdo al mito bíblico, y la trasciende a la infinitud. Lámeq, se jacta de ser vengado infinitamente, aún más que su antepasado Caín. Lámeq aquí es símbolo de poderío. No es fortuito que el verso se lo cante a sus mujeres Silla y Adá. Para Lámeq, ser vengado setenta veces siete, significa hacer “justicia infinita”.

Repetimos, los dos mitos no buscan consagrar o legitimar la violencia en las civilizaciones, aunque pueden ser utilizados para reforzarla o justificarla. Estos mitos, en tanto relatos etiológicos, reflejan realidades vividas, pero como no se entienden por sí mismas, los mitos intentan explicar el por qué de su existencia. En este caso, de la violencia siempre presente y su ascendencia sin límites. Estos dos mitos en su esencia, al develar la violencia sin ropajes ideológicos se convierten en voz crítica de esta violencia sin fin. Curiosamente, los mitos sobre la fundación de la polis griega, no tienen esta función crítica de la civilización. En ellos aparecen los dioses como los fundadores de la polis. La ciudad, dejó atrás el subdesarrollo y la incertidumbre humanos para dar paso a la plenitud de la civilización con todas las virtudes. Tal vez por eso la civilización occidental es reticente a la autocrítica.

Ahora bien, afirmar que las civilizaciones en sí, por sus leyes, instituciones, costumbres, etc. tienden a la criminalidad o sacrificialidad en espiral, implica ver de cerca las particularidades de los hechos criminales. Es decir, hay que distinguir asesinos de víctimas; pero más que los sujetos mismos, las constantes y los mecanismos visibles en los actos, pues los sujetos concretos serán víctimas en determinada situación y homicidas en otras.

En el mito mexicano hay claridad en las condiciones de los sujetos. Los dioses aliados y poderosos matan a la diosa, la otra; y los sacerdotes, que controlan el poder de la religión, matan humanos para acallar la conciencia del primer asesinato. A ambos crímenes se les llama sacrificio para el bien. Los dioses masculinos tienen poder para matar a la diosa Tlatecutli. El hecho de que los descuartizadores sean varones no es casualidad. Se hace alusión a una sociedad violenta porque es patriarcal. Sin embargo, también habría que entender los géneros simbólicamente y ver en el género femenino el miedo al otro, el desconocido, el diferente, aquel visto como caos porque no encaja en el razonamiento familiar. La historia humana está llena de ejemplos de este tipo, sobre todo en las conquistas de los imperios.

En el mito bíblico, quienes pueden matar impunemente, como Lámelec y a la vez ser vengados infinitamente (setenta veces siete) son quienes controlan la cultura y la industria, son los jefes de las ciudades. De manera que si es posible hablar de un “pecado original” en las civilizaciones por sus mecanismos de funcionamiento a través de leyes, instituciones y costumbres, tal como nos la plantean los dos mitos vistos arriba, habría que señalar también que el pecado de la violencia infinita es más cercano a quienes controlan esos mecanismos.

Los mitos ayudan a leer los acontecimientos actuales en los cuales se desató la guerra. Leamos la realidad a la luz de esos mitos, pero ahora con nombres propios. Unos locos fundamentalistas hirieron a los Estados Unidos, causando terror en víctimas inocentes y Bush

canta como Lámecc: ¡justicia infinita!, o sea venganza setenta veces siete. El terrorismo es el caos para occidente, por lo tanto hay que exterminarlo esté donde esté. Para ello hay que sacrificar víctimas inocentes, efectos no intencionales de la guerra, en este caso, los moradores de Afganistán, pero como los medios de comunicación no pueden ocultar a la opinión pública la ridiculez en la correlación de fuerzas, ni la miseria y terror de los afganos civiles frente a los misiles norteamericanos, tiene que haber un mínimo de compasión por estas gentes, por eso muchas bombas y algunas bolsas con alimentos caen del cielo como ayuda humanitaria. La justificación: salvar del terrorismo al mundo y del hambre a uno que otro afgano. No hay diferencia entre las imágenes espantosas de los aviones comerciales estallándose en las torres, y la de los aviones de guerra descargando bombas en el desbastado país de Afganistán. Los terroristas nunca admitirán que los aviones tenían como objetivo matar a víctimas inocentes. Sus objetivos fueron claros: el Centro Mundial de Comercio y el Pentágono, las víctimas inocentes que por azar estaban en el avión o en las torres o en el Pentágono, son, para los llamados terroristas, los sacrificios necesarios para alcanzar el objetivo, son los efectos no-intencionales de los atentados. Así mismo, Bush por supuesto, jamás afirmará que su objetivo es matar al pueblo afgano, sino eliminar los centros militares, las instituciones peligrosas, incluyendo escuelas de entrenamiento religioso. Las víctimas inocentes que son alcanzadas por las bombas son los sacrificios inevitables para lograr los fines. Nadie se propone atacar a víctimas inocentes, pero todos lo hacen sin querer. Unos con la legalidad y otros sin ella. “Justicia infinita” es en realidad injusticia infinita.

Realmente Lámecc se ha encarnado en Bush y en bin Laden. Qué no decir de los fundamentalistas Talibanes que son la cara protectora de bin Laden. Ellos asumieron el poder “para salvar” a su pueblo de la “perdición de occidente”; conocidas son las cartas de las mujeres afganas sobre la realidad miserable que padecieron de un día para otro, cuando los Talibanes asumieron el poder. El mito mexicano se repite con cierta variación, los dioses varones matan a la diosa para

ordenar el mundo, las mujeres lloran sin cesar su propio ultraje. Los sacerdotes sacrifican la libertad de las mujeres para salvarlas de lo impropio según la tradición.

El espiral de la violencia se desata en el mundo globalizado. Bush se lanza contra los Talibanes por no entregar a bin Laden, quien mora en Afganistán. Y Afganistán se convierte en el lugar en donde “los salvadores” de un lado y de otro se encuentran para matarse. Las mujeres afganas, víctimas del régimen de los Talibanes y de las bombas de Occidente son las víctimas máximas *in situ*, de la justicia infinita. Ojalá que su llanto no haga que los compasivos sacerdotes acudan a ellas con corazones humanos. ¿O será que ya llegaron junto con los misiles? Si, de carambola, son los corazones de civiles y soldados muertos. Su procedencia, no importa.

“El pecado original” de la violencia generada por la venganza infinita sale a la luz al inicio del Tercer Milenio. Los sacrificios no-intencionales son las víctimas de los dos bandos. Tan aterrado está el pueblo norteamericano por un posible atentado o una guerra bacteriológica, como el miserable pueblo afgano que espera ansioso el fin de la “justicia infinita” de la civilización globalizada.

Vistos los hechos de esta manera pareciera que hay dos bandos antagónicos bendecidos por sus dioses respectivos. Pero no es así. Aunque los mitos pueden aplicarse tanto a los Talibanes como al gobierno de los Estados Unidos o a otras culturas, lo que se experimenta hoy día es un mundo globalizado, cuya racionalidad económica absurda tiende hacia la autodestrucción. La historia humana es una, manifestada en la diversidad de civilizaciones, pero unificada por la política de la globalización, en la cual los intereses económicos de las naciones ricas son prioritarios. Por eso no es extraño que Europa, encabezada por Inglaterra y seguida por Francia, rápidamente se haya aliado con los Estados Unidos para combatir Afganistán y otros posibles países considerados peligrosos a los intereses de la globalización. Los Estados Unidos, Inglaterra y Francia

son, en ese orden, los países que más se benefician del negocio de las armas. Todo ocurre dentro de la globalización: bin Laden, se ha dicho, es producto del Centro de Inteligencia de los Estados Unidos, así como los Talibanes.² Así, pues, la denuncia de los mitos se aplica tanto a las civilizaciones particulares como a la civilización humana actualizada hoy día en la globalización donde occidente lleva la batuta e impone las reglas.

2. JUSTICIA DE DIOS - MISERICORDIA INFINITA

Una lectura teológica de los hechos de la historia requiere también apuntar hacia posibles salidas. Como yo soy teóloga cristiana me toca ubicarme desde esa fe. Y como en esta guerra se habla con frecuencia de justicia, la pregunta lógica es ¿qué significa justicia de Dios hoy día? El interrogante resulta difícil porque palabras teológicas están siendo cooptadas por la ideología de la guerra. Hablar de “libertad duradera” o “justicia infinita” en medio de discursos guerreristas es echar a la basura conceptos muy preciados para la tradición cristiana. Lo mismo podríamos decir del término “guerra santa”, en el cual pareciera que se invita a los dioses a participar en las matanzas.

No obstante, en tanto cristianos y cristianas, es importante plantearnos a la luz de los hechos de hoy el significado bíblico de la justicia de Dios. En primer lugar porque se contraponen a la justicia catalogada como infinita para desquitar los crímenes y, segundo, porque ofrece pistas para cambiar en algo el rumbo autodestructivo de la civilización globalizada.

La clave para ingresar al concepto está en el breve diálogo entre Pedro y Jesús que aparece en Mt 18.21-22. “Pedro se acercó entonces y le dijo: Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete veces? Jesús le contestó: no te

digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.” Definitivamente, Jesús tenía en mente el relato de Caín y su descendiente Lámelec. Frente a la venganza infinita, la fe cristiana propone el perdón infinito. Perdonar setenta veces siete significa perdonar infinitamente.

Para las civilizaciones particulares y la civilización globalizada esta propuesta es muy difícil de acoger. Pues es tocar el corazón mismo de su funcionamiento. Además, por un lado, los crímenes no pueden quedar impunes, de lo contrario la injusticia y opresión de los pueblos no tendría fin. Por otro lado, la venganza infinita se convierte inevitablemente en crímenes justificados, y a la larga desaparece la línea divisoria entre injusticia y justicia, verdad y mentira. Por tal razón, es la verdad de los hechos, no los discursos, la que debería guiar a repensar los acontecimientos para asumir otras actitudes, nuevos discursos y compromisos. La verdad nítida de los hechos frente a los ojos del mundo entero son las víctimas inocentes; y estos generalmente son los más pobres, hombres y mujeres, los despreciables por su género o color, excluidos, insignificantes, los más débiles: los niños y niñas, ancianos y ancianas. También lo son aquellas personas víctimas del terrorismo que sin tener parte en los conflictos, son sacrificadas por un objetivo. Todas son víctimas, no importa su raza, cultura o religión. Las muertes no tienen precio, o no deberían tenerlo. La víctima norteamericana vale igual que la afgana o latinoamericana.

Una de las palabras más sabias durante los últimos acontecimientos fueron las de una pareja que perdió su hijo el 11 de setiembre de 2001. En el nombre de su hijo, víctima del ataque a las torres, rogaba no hacer la guerra para evitar más víctimas.³ Así debería ser el comportamiento de los humanos, pues el respeto a la vida humana de todos y todas es la bandera blanca que pide paz o el espantapájaros que ahuyenta los misiles.⁴

La justicia de Dios se define dentro del campo semántico del perdón. Estamos conscientes que, afirmarlo así a secas, suena muy

barato. Sobre todo para nosotros los latinoamericanos, testigos frecuentes de la impunidad. Por eso hay que hacer quiebres o precisar niveles. Es el apóstol Pablo, en su carta a los romanos, quien explícitamente discurre sobre la justicia de Dios. Dediquemos unos párrafos a este tema siguiendo el pensamiento del apóstol.

En el discurso teológico de Pablo, la justicia de Dios aparece contrapuesta a la justicia humana; en términos histórico-cronológicos, el autor la contrapone específicamente al imperio romano. Algo así como al “mundo antiguo globalizado” por la cultura greco-romana y los intereses del imperio. También en el mundo antiguo habría que recurrir a la verdad de los hechos, es decir a las víctimas y excluidos, pues hay que abanicar el humo de la ideología imperial, es decir, para hacer a un lado los eslóganes comunes de ese entonces como “paz y seguridad”, “paz y concordia” o los títulos del César como “salvador,” “liberador”, “pacificador”, “divino César, y otros. Cabe decir que mucho del lenguaje teológico paulino es el lenguaje político de su época aplicado al César.⁵ Pablo habla de “otro evangelio”, contrapuesto al del sistema imperial. Sabemos que los decretos o noticias del emperador sobre triunfos de guerra, nacimientos o aniversarios eran llamados evangelios.⁶ Para Pablo, por supuesto, estos no eran evangelios o buenas noticias. Él contrapone otro: el evangelio de Jesucristo, en el cual se revela la justicia de Dios (Ro 1.17). Esto suena rarísimo para quien no está familiarizado con la teología y suena tal vez tonto para quien está tan familiarizado con los dogmas, que no es capaz de ver más allá que términos vacíos. En realidad, la frase es densa y debe ser analizada despacio.

Evangelio significa buena nueva, nos preguntamos ¿qué hay en el evangelio que puede ser buena nueva y que revela la justicia de Dios? Pablo dice a sus comunidades que el verdadero evangelio está en creer que el Mesías crucificado fue resucitado. Este es el contenido de su evangelio. Queda la pregunta ¿por qué es justicia de Dios? Para contestarla debemos referirnos al meollo del evangelio: la crucifixión y resurrección de Jesús, el Mesías esperado. Analicemos pues, los significados de Mesías, cruz y resurrección.

Mesías, sabemos, era el personaje esperado por Israel para que liberase al pueblo del Imperio Romano. Se entiende que por medio de un triunfo militar. Sin embargo, el movimiento del Mesías galileo tomó otro rumbo. En su anuncio del Reino de Dios incluyó no solo el amor al prójimo, sino al enemigo. Gran decepción para algunos seguramente. El hecho de que el Mesías fue crucificado era motivo de escándalo para todos, tanto para los israelitas como para los romanos. Para los primeros, el Mesías no podía haber sido colgado en un madero, para los segundos era ridículo hablar de un Dios crucificado. La ley romana estipulaba la crucifixión como la pena capital de esclavos y subversivos.

Detengámonos ahora en el hecho de la cruz y Jesús como víctima de la justicia romana. La crucifixión era el arma terrorista del estado romano, y se utilizaba como escarmiento para quienes se sublevaban, por eso colocaban a los crucificados en las vías principales a la vista de la gente, y dejaban sus cuerpos expuestos para ser comidos por las aves de carroña o los perros. Pocos eran los cuerpos sepultados después de haber sido crucificados. Los casos abundaban en Palestina. Los historiadores de la antigüedad narran cómo los judíos eran testigos de innumerables crucifixiones, en distintas rebeliones antimperialistas. Se dice que durante la toma de Jerusalén en el año 70 d. C. ocurrieron 500 crucifixiones diarias y ya no había lugar para más cruces.⁷ Ésta, podríamos decir, era la “justicia infinita” del Imperio Romano empleada para evitar nuevas rebeliones.

Jesús de Nazaret, considerado Mesías por sus seguidores, fue crucificado siendo inocente. Para la fe cristiana, el que Dios emerja en la historia a través de un crucificado es un hecho sumamente significativo. Este Crucificado es la víctima inocente por excelencia, o como dice 1 Pedro 2.7, la piedra desechada por los constructores. En este evento de la cruz, considerado central para la fe, se constatan dos hechos. Por un lado en tanto inocente, el Crucificado es, ante Dios y los humanos, el representante de todas las víctimas inocentes. Y por otro lado, en tanto hijo de Dios para la fe cristiana es, asimismo,

el representante de Dios en esos acontecimientos de la historia humana. En el centro de la teología cristiana aparece, entonces, un Dios solidario con las víctimas. Así, una lectura teológica ve en ese acto divino su solidaridad máxima con los excluidos y víctimas inocentes de la historia. Aquí ya percibimos algo del significado de la Justicia de Dios.

Ya Jesús de Nazaret, nacido en un pesebre, en su práctica por la justicia y la proclamación del Reino, dejaba ver parte del significado de esa justicia de Dios. Una justicia de Dios parcializada, marcada por su misericordia por los excluidos.

Pasemos ahora al evento de la resurrección. Pablo, en su lectura teológica de la realidad de su tiempo, como dijimos arriba, afirma que la justicia de Dios se revela a todos aquellos que creen que el Mesías o el liberador crucificado, condenado por la justicia romana es vindicado y resucitado por Dios. En otras palabras, el crucificado es el resucitado, o como dice el teólogo salvadoreño, Jon Sobrino, el resucitado no es otro que el crucificado. Otra vez: ¿qué significan estas palabras, tan comunes a nuestros oídos, a la luz de los hechos?

Volvamos al evento original del Gólgota. Si el Mesías fue condenado por la justicia romana, y resucitado por Dios, tendríamos que leer que su resurrección es producto de la justicia de Dios, es el juicio de Dios, y de allí analizar por dónde va dicha justicia, cómo se alcanza y por qué es evangelio, es decir buena noticia para todos y todas.

Viendo el hecho simple, esta justicia que procede de Dios, y que, al dictaminar la resurrección del crucificado se pone del lado de las víctimas, contradice la legalidad imperial y sistémica que asesina a inocentes y se muestra intolerante frente a quienes se oponen a ella o afectan sus intereses. Eso se observa con claridad al afirmar que esta justicia de Dios es absolutamente desinteresada, se realiza por puro amor a sus criaturas, es fruto de su misericordia. Por eso se afirma

que esa justicia no exige ningún mérito previo para que Dios muestre su amor revelando su justicia. Dios es gracia porque se mueve por misericordia. Se podría decir que en última instancia es la misericordia de Dios la que está en el centro del evento crucifixión-resurrección. Así, pues, la distinción indiscutible del ser cristiano es la misericordia; sólo de esa manera se imita mejor a Dios. De acuerdo a Sobrino, en Jesús y en Dios se da esa dimensión más como principio que como virtud. La misericordia, señala, “está en el origen de lo divino y de lo humano. Según ese principio se rige Dios y deben regirse los humanos, y a ese principio se supedita todo lo demás.”⁸ De manera que, un mundo sin misericordia remite a la ausencia de Dios y cuestiona la actitud de quienes nos llamamos cristianos.

Pablo no menciona explícitamente al imperio romano en la contraposición de las dos justicias, la romana y la de Dios, solo lo alude a través de su lenguaje. El imperio romano es un nombre específico de una historia particular, antes ya hubo varios imperios y se sabe que vendrían otros. El análisis de Pablo trasciende el nombre propio del sistema romano porque lo aplica a todos los sistemas, —imperiales o no—, los cuales se muestran ciegos seguidores a sus aparatos institucionales, imprescindibles para su funcionamiento. Es por eso que Pablo ubica la Justicia de Dios en el ámbito de la fe, independientemente de la ley (y esta en sentido genérico). Ubicar la justicia en el ámbito de la fe y no de la ley, lo hemos dicho en otros escritos, significa optar por una manera diferente de vivir, libre y madura con respecto al relacionamiento entre los sujetos y la lógica de toda ley intrínseca en las instituciones, las leyes mismas, las costumbres, las tradiciones, etc. Los sujetos sometidos sin discernimiento a la Ley con mayúscula, es decir a toda ley sea legal, cultural, religiosa, institucional, pasan de ser sujetos a ser objetos. Sus actos son condicionados por las normas y, como Pablo dice, se convierten en esclavos de la ley. Los mitos mexicano y bíblico manifiestan esta lógica de la ley que al cumplirse ciegamente produce muertes. En el caso del mito mexicano, los sacrificios, producto del primer sacrificio son imparables hasta que alguien interfiera y

rompa el círculo de la violencia sacrificial, en el mito de Caín-Láamec, la lógica de la venganza infinita tampoco parará hasta que sea interferida por una nueva conciencia.

Y finalmente entramos a un aspecto fundamental y sorprendente de la justicia de Dios. Si bien es cierto ésta tiene como punto de partida la solidaridad con las víctimas, ellas no son las únicas beneficiadas de esa justicia. Al afirmar que Dios actúa por misericordia, dicha misericordia alcanza a todos los humanos, víctimas, cómplices y victimarios. Pues aunque en varios textos bíblicos se lee el castigo a los malos con la frase “Mía es la venganza, dice el Señor, en la práctica acontece la misericordia para todos y todas. Si la Biblia reitera la venganza como parte de Dios y no de los humanos, es para romper el ciclo de la venganza infinita que se experimenta en las civilizaciones particulares y en la civilización globalizada.

La justicia de Dios es extraña pues no condena al homicida. Esto cuesta comprenderlo en el terreno de lo concreto cuando se camina entre cadáveres de víctimas inocentes, como las víctimas de Nueva York o de Afganistán. Sin embargo, si se penetra en la lógica de las civilizaciones proyectada por los mitos analizados arriba, no hay mejor salida que interferir y romper de una vez por todas el círculo sacrificial o de venganza infinita por medio del perdón infinito: “setenta veces siete”. Los seres concretos son víctimas del sistema cuya lógica exige la guerra o la venganza para hacer la justicia o para traer “paz y salvación. A esto Pablo lo llama “pecado estructural”, y propone la justicia de Dios para salvarnos de la ley (su lógica), del pecado y de la muerte. La justicia de Dios no justifica los crímenes pero propone otra lógica que a través del perdón, la humanidad se transforme y reconcilie entre sí. Y todo eso lo hace por amor a las víctimas, para que no haya más crímenes. El perdón de la justicia de Dios es gratuito pero no barato, hay un proyecto humano detrás. La motivación primera del perdón no es pasar por alto los crímenes, sino acabar con el sistema de la justicia infinita vengativa y crear una nueva humanidad, misericordiosa, justa y solidaria.

Ya es tiempo que se establezca una “comisión internacional de la verdad” de la civilización humana para que escriba un libro que narre los horrores de las civilizaciones con nombres y apellidos. Un libro de la vida que lleve como título ¡NUNCA MÁS!

Notas

1Roldán Peniche B. *Mitología mexicana*. (México: Panorama Editorial, 1995), pp.1-2.

2Justo antes del asalto a las estatuas de Buda en Bamiyán, Selig Harrison, experto norteamericano en asuntos del Asia del Sur, hizo esta afirmación en una conferencia titulada “Terrorismo y seguridad regional: Manejando los retos de Asia”, frente a los expertos de la Seguridad en Londres. Tomado de Noam Chomsky en una carta circular recibida por internet.

3Cf. La carta lleva por título: *Not in Our Son's Name*, y fue escrita por Phyllis y Orlando Rodríguez, padres de Greg, la víctima. Carta recibida por internet.

4Figura obtenida de una caricatura que apareció en el periódico *La Nación* de Costa Rica, octubre, 2001.

5Cf. Richard A. Horsley, ed. *Paul and Empire* (Harrisburg, PA: Trinity Press International, 1997).

6Cf. La famosa inscripción de Priene del siglo 9 a.C., que alaba al emperador quien terminó la guerra y ordenó la paz. Para el mundo de ese entonces, el nacimiento del Divino Augusto es el comienzo del evangelio de paz.

7Cf. Neil Elliot, *Liberating Paul, The Justice of God and the Politics of the Apostle*. (Maryknoll, NY: Orbis, 1994), pp.93-99.

8Cf. Jon Sobrino, *El principio misericordia*. (San Salvador: UCA, 1992), p.38.